

**Alberto Manzi**

# ORZOWEI

**Prólogo de Care Santos**

*Traducción:*

NURIA MARTÍNEZ DEAÑO

MAEVA  young

«Falta un puente entre las almas...  
Si ese puente existiese,  
los hombres intercambiarían sus secretos,  
sus pensamientos alegres,  
la sonrisa y el perdón...

... muchacho,  
construye con tus manos,  
sin vigas, ese puente de oro.»

—EMILIA ALBORET

## Un joven de sesenta años

Gran parte de los de mi generación aún somos capaces de canturrear la pegadiza canción que acompañaba a cierta serie de televisión que veíamos de niños. Trataba de las peripecias de una especie de salvaje, un chico blanco que vivía con una tribu de negros en mitad de la selva africana. Por descontado, no sabíamos qué selva era, ni de qué país, ni a qué etnia pertenecían los aborígenes. Al chico no lo querían los suyos ni tampoco los otros, y por esa razón debía enfrentarse a terribles peligros y superar pruebas espeluznantes. El actor protagonista, un jovencísimo –diecisiete años– Peter Marshall, nos parecía guapísimo a mis amigas y a mí. La serie era un tanto exótica y había empezado con mal pie, porque vino a sustituir sin previo aviso las emisiones de *Mazinger Z*, que nos encandilaba. A pesar de esa ojeriza inicial, nos conquistó enseguida, tal vez por lo diferente que resultaba. Era un Tarzán de nuestra edad, un Mowgli infeliz, y al mismo tiempo no era nada de eso. La serie tampoco acabó bien, porque en España jamás se emitió el final que sí pudo verse en otros países y se terminó después de que a nuestro héroe lo hiriesen gravemente. Es decir, que mis amigas y yo nos quedamos con la congoja y la incógnita acerca del futuro del guapo. Nunca la resolvimos. Esa serie distinta, exótica, emocionante y truncada se llamaba *Orzowei*.

La canción a que me he referido estaba interpretada por dos hermanos italianos especializados en música para cine, Guido y Maurizio de Angelis, también conocidos como Oliver Onions. Grabaron canciones para Ennio Morricone y compusieron para Nino Manfredi e incluso para numerosas películas protagonizadas por Bud Spencer y Terence Hill. Si alguien nos hubiera preguntado el nombre de los autores de la pegadiza canción, nos habríamos encogido de hombros. Y lo mismo habría ocurrido si alguien nos hubiera interrogado acerca de la novela que dio origen a la adaptación televisiva. Jamás habíamos oído hablar de Alberto Manzi. Acaso muchos de los de mi generación sigan sin saber quién es, a pesar de que uno de los personajes que él creó formará parte de nuestro imaginario para siempre.

Pues bien, el profesor y escritor Alberto Manzi fue muy popular en Italia gracias a un programa televisivo que presentó durante años. El espacio llevaba por título *Non è mai troppo tardi* (Nunca es demasiado tarde) y pretendía combatir el analfabetismo del país desde la pequeña pantalla. No me parece que tal propósito sea ajeno a la obra de un hombre que se comprometió personalmente en algunas causas. Su obra novelística, compuesta por ocho títulos, acaso no sería recordada hoy si no fuera por el éxito televisivo de *Orzowei*, y aunque solo sea por eso, y por una vez, hay que agradecerle a la pequeña pantalla los favores prestados. La novela, publicada en 1955, se convirtió en un fenómeno mundial y fue traducida a más de treinta idiomas.

Lo que más sorprende al leerla más de sesenta años después de su publicación, cuando se cumplen veinte de la muerte de su autor, es su contemporaneidad. El

alegato contra el racismo que contienen estas páginas y, más aún, la convicción absoluta de que el entendimiento es posible incluso entre los seres más diversos, son hoy más necesarios que nunca. Isa, el protagonista, es un blanco entre negros, un bárbaro entre seres que se tienen por civilizados, un enemigo que respeta y dialoga, un guerrero que no mata por placer, un amigo de los débiles, un salvaje dispuesto a aceptar las leyes de los hombres y un hombre deseoso de acatar los mandatos de la jungla. Conviven en él una serie de valores que hacen mucha falta en el mundo contemporáneo, el más destacado de los cuales tal vez sea el respeto hacia lo ajeno, siempre combinado con la duda ante lo propio. Isa, Orzowei, trata de comprender en lugar de juzgar. Y duda. Duda de las verdades absolutas, que demonizan a unas razas y proclaman la superioridad de otras. Es cierto que cuenta con diversos y buenos maestros a lo largo de la novela, pero también lo es que sabe escucharlos con atención y obtener provecho de sus enseñanzas. *Orzowei* debería ser lectura obligada en todo el mundo.

Más allá de todo esto, estamos ante una novela de aventuras de corte clásico. De iniciación, sí, pero que no escatima emociones a sus lectores, tengan la edad que tengan. Hay escenas de gran tensión en las que Manzi nos describe con crudeza las leyes de la selva y donde no se nos ahorran emociones ni sustos. Hay también agilidad, ese talento que solo los buenos narradores poseen. Hace falta tener buen músculo narrativo para hacer avanzar una acción como esta. La trama no desfallece en ningún momento, ni siquiera en los extensos diálogos, donde los personajes son caracterizados con el rigor del mejor observador. Manzi conoció

ciertas tribus de la Amazonía hispanohablante poco antes de comenzar a escribir *Orzowei*. En ellas se inspiró, aunque para evitar problemas entre unos lectores que ya conocían su obra decidió ubicar la acción en el sur del continente africano. Poco importa ese detalle, porque la novela está por encima de su localización espacial; no obstante, el lector atento logrará adivinar el trabajo de campo.

De modo que el pretexto son los salvajes, pero de lo que de verdad se habla es de la condición humana. De la necesidad de entendimiento entre pueblos diferentes. Del talante que debe poseer quien aspire a alcanzar ese entendimiento: tolerante, reflexivo, paciente, receptivo, valiente, incluso bueno de corazón. *Orzowei*, más de seis décadas después, sorprende y apasiona. Qué lástima, he pensado al leerla, no haber tenido al alcance esta novela cuando era niña. Qué lástima no haberla leído entonces. Sin duda, habría pasado a formar parte para siempre de mi lista de lecturas determinantes. Y qué suerte tendrán ahora los lectores que puedan descubrirla y disfrutarla. De qué modo amarán y admirarán a Isa, y de qué modo se preguntarán qué sentido tiene rechazarlo, odiarlo. Mientras tanto, los padres y las madres de esos jóvenes y afortunados lectores tal vez seguirán tarareando la cancioncita de su infancia, que en su poco memorable versión española decía: «Corre muchacho ya, no te detengas más...».

La premio Nobel polaca Wislawa Szymborska escribió que es mucho más difícil pergeñar una buena novela juvenil que el *Ulysses* de Joyce. Pues bien, he aquí una buena novela juvenil. No abundan.

Care Santos

# 1

—¡Venga, atrapadlo!... ¡Atrapadlo! —En el ímpetu de la carrera volcaron una olla y Amebais, la vieja borracha, salió de la cabaña gritando maldiciones contra esos demonios que tiraban todo por el aire—. ¡Ya no hay tranquilidad, no! Pero ¡como os pille, haré que os fustiguen a todos! —gritó al grupo de chavales que corrían hacia la selva.

Pero los chicos no le hacían ni caso.

En parte, porque Amebais siempre había sido una loca gruñona; pero, sobre todo, porque su caza era muy interesante.

Isa, el chico que Amûnai había traído del bosque, hacía de presa.

Amûnai, el ring-kop (que significa «el gran guerrero»), lo había encontrado, nueve o diez años atrás, envuelto en un fajín rojo dentro de una cesta que colgaba de una gruesa rama de un árbol. La cesta estaba colocada de tal manera que ni las serpientes ni las fieras podían alcanzarla.

Lo había llevado consigo al poblado.

La vieja Amebais le hizo de madre hasta que el chico fue capaz de encontrar por sí mismo algo para

comer entre los desperdicios del poblado. Su avaricia no le permitía más.

Y hasta que Amûnai no se convirtió en el jefe, Isa –así lo llamaron– tuvo con qué saciar su hambre y fue tratado con respeto.

Pero cuando Amûnai se hizo con el mando, Isa se vio obligado a apañárselas para vivir.

Lo trataban así por un solo motivo: porque era blanco; si como *blanca* se podía definir su piel quemada por el sol y el viento.

Isa estaba en su undécimo año de vida, edad en la que nuestros chavales apenas son capaces de llevar la cartera a la escuela y aprenderse alguna lección de memoria.

Para Isa la vida había sido dura; aunque no sabía leer ni escribir, sabía otras muchas cosas que le permitían vivir, con estrecheces, entre el desprecio del poblado y la «gran señora»: la selva.

Además, los otros chicos se reían de él y lo acosaban. Y tenía que defenderse de su crueldad, que a veces llegaba a la sangre, hasta que algún hombre del poblado lo liberaba. Solo entonces la pandilla lo dejaba magullado y sangrando en el suelo.

O bien, si podía, huía.

Y mientras los otros lo perseguían, él permanecía inmóvil, agazapado tras un matorral, conteniendo la respiración.

Por eso Isa era un rebelde.

Solo el látigo le daba miedo. Aunque a esas alturas incluso a eso se había acostumbrado.

–¡Venga, atrapadlo! ¡Atrapadlo!

Los chicos lo perseguían.

¿Podría existir un juego mejor para unos futuros cazadores que perseguir a una presa viva?

Isa corría a toda velocidad sobre el suelo escarpado.

Les sacaba bastante ventaja. Las largas cacerías habían hecho de él un corredor veloz, hábil. Si hubiese querido, habría sacado mucha más distancia a sus perseguidores y habría podido refugiarse tranquilamente en un árbol desde el cual tirarles fruta y ramas secas a los monos.

Pero no quería.

Es más, ralentizó la carrera.

A la cabeza del grupo estaba Mései, el nieto del brujo. Mései llevaba años torturándolo. Siempre se metía con él. Especialmente desde que dejaron de considerarlo un um-fan, un chico porteador, y había pasado a ser un aspirante a guerrero.

Faltaba poco para que hiciera su «prueba»; si la pasaba, conseguiría su lanza y su tucul.

A Isa lo habían echado hasta de los um-fan.

No podía acompañar al poblado a la guerra ni a la caza, ni siquiera como porteador.

Era un orzoweí, un chacal de hombre, un nada.

Era blanco.

Aflojó la carrera. Los otros gritaron, seguros del éxito de la caza. Pero él sonrió; quería cansarlos, que fueran cayendo de uno en uno con la lengua fuera.

Mései estaba a pocos pasos.

—¡Te pillamos! —gritó—. ¡Te pillamos! ¡Hoy te vamos a atar al palo!

Todos gritaban de alegría.

De repente, Isa sintió que el suelo cedía bajo sus pies; perdió el equilibrio, se cayó. Mései dio dos saltos, se puso encima y le inmovilizó los hombros con sus delgadas rodillas.

–¡Te pillamos! –jadeó–. ¡Muévete ahora!

Isa intentaba zafarse, pero el adversario era fuerte; él sí que comía todos los días.

Los otros los habían alcanzado. Mései les hizo una seña y formaron un círculo a su alrededor.

–¡Hoy es mi presa! Me quiero divertir. ¡Levántate, orzowei!

Isa se puso de pie lentamente.

Con un movimiento fulminante, Mései se tiró sobre él y le hizo rodar otra vez por el suelo.

Un coro de carcajadas celebró el trompazo.

–¡Vamos, arriba! –gritó riéndose Mései.

Isa debió de golpearse contra una piedra.

Sentía un fuerte dolor en la espalda.

Se levantó muy despacio, pero el adversario ya estaba preparado para darle un puñetazo. Se tambaleó; pero, aunque el otro volvía a golpearle, consiguió detenerlo. Los dos rodaron por el suelo.

Cada vez que uno conseguía poner al otro de espaldas contra la tierra, le golpeaba, con los puños cerrados, en los ojos, en la nariz, en donde fuera.

Cuando Isa logró mantenerse encima de Mései un rato, alguien tomó un puñado de arena y se la tiró a los ojos.

Isa abandonó a su presa y Mései lo aprovechó.

Le golpeó varias veces con una piedra, hasta que lo vio sin aliento, mientras un reguero de sangre salía de las heridas.

Entonces todos huyeron.

Isa volvió al poblado ya bien entrada la noche.

La luna estaba alta en el cielo e iluminaba las cabañas, otorgándoles un aspecto de cuento.

El chico se arrastró hasta el tucul del viejo Amûnai.

–Soy yo –murmuró.

–Entra. ¿Qué te ha pasado?

–El puño de Mései me ha golpeado –respondió–. Llevaba una piedra. Ahora me duele mucho la cabeza.

–A ver.

El viejo se levantó del camastro y avivó el fuego. Después examinó la herida.

–Un buen golpe. Podías haber muerto. ¿Quién te ha ayudado?

–Nadie. No me he enterado de nada hasta que me ha despertado el frío. Y he venido aquí.

–Has perdido mucha sangre.

Le vendó la herida después de haberle hecho una cura con un ungüento de hierbas.

–Mañana estarás bien, si los espíritus del mal no vienen a buscarte. Ahora duerme.

–¡Eh, granuja, levanta!

Una mano áspera sacudió con brusquedad a Isa.

–¿Qué pasa? –preguntó, y se sentó de un salto en el camastro.

–El Consejo está en la Gran Casa. Te esperan.

–¿A mí?

–Sí, a ti. Al orzoweí, han dicho. Eres tú, ¿no? –El hombre se echó a reír y se fue.

La hoja de la lanza iluminó al chico con un rayo de sol.

Poco después Isa corría hacia la Gran Casa.

Era una cabaña de grandes dimensiones donde ca-bían cómodamente unas sesenta personas.

Isa nunca había estado allí, al igual que los otros chicos del poblado. La Gran Casa era tabú para ellos y para las mujeres.

Solo los guerreros podían atravesar el umbral.

Isa se detuvo al llegar a la puerta. Temblaba.

El Consejo había debido de tomar una decisión grave para mandarlo llamar.

El día anterior no había hecho nada malo; estaba seguro de ello.

Había ido al campo de Uf-nain, pero no había ro-bado maíz. ¡Ah, claro!, la pelea. Sí, le había pegado, lo recordaba bien; pero quien más había recibido había sido él. Aún llevaba la cabeza vendada. Y además, el Consejo nunca se había interesado por las peleas de los chicos.

Bueno, mejor entrar.

Apartó la piel de búfalo y permaneció inmóvil. En el centro de la amplia cabaña, decorada con pieles y tro-feos de caza, se encontraba el brujo del poblado reves-tido con las vestiduras sagradas.

Una máscara grotesca y terrorífica le cubría el rostro.

Sentados sobre pieles de búfalo, en círculo, se encontraban los guerreros y varios ring-kop con la cabeza adornada con plumas.

Los ancianos, audaces «lobos» (los mejores entre los guerreros), se sentaban al fondo de la cabaña; en medio estaba el Gran Jefe.

La piel estriada de un tigre le caía por los hombros hasta las caderas. Un aro de oro, sobre el que ondeaban muchas plumas de avestruz, le adornaba la cabeza.

La larga lanza y el escudo estaban en el suelo, a sus pies.

El brujo se acercó al chico bailando y gritando.

Isa no se movió. A pesar de su aspecto terrorífico, sabía que bajo la máscara se escondía Aosam, un viejo tembloroso al que le daba miedo el pequeño *chi-chiá*, el puercoespín.

Nadie lo sabía, pero Isa lo había visto y desde entonces le había perdido al brujo la estima y el respeto.

Estuvo danzando a su alrededor durante diez minutos; después se paró frente a él, le tocó con el bastón sagrado y volvió a su sitio.

Entonces se levantó el Gran Jefe.

En la cabaña se hizo el silencio.

–Ven aquí –le ordenó.

Isa avanzó lentamente hasta que tocó con el pecho la punta de la lanza que el Gran Jefe tendía hacia él.

–Mohamed Isa, ese es tu nombre –dijo–. El Consejo ha decidido. Harás la gran prueba. El viejo ring-kop que te encontró en la selva ha hablado en tu favor.

Partirás esta noche. Y hasta que el tinte blanco que cubre tu cuerpo no desaparezca, el poblado será tabú para ti. Los cazadores te seguirán, te darán caza. Debes impedir que te atrapen. Si lo consigues, tu lugar estará entre los guerreros. Entonces tendrás tu lanza y tu tucul.

–¡Yo insisto de nuevo! –gritó Unguasci, uno de los guerreros más fuertes–. Él no debe hacer la prueba. El orzowei no es de nuestro pueblo.

–¿Qué más da? –lo interrumpió otro, con una sonrisa maligna–. ¡Morirá en la prueba!

–Así es. Pero si la supera –continuó Unguasci–, no debe ser admitido entre los guerreros. Recordadlo: es un orzowei, un encontrado.

–Yo he hablado –intervino el Gran Jefe–, y he decidido. Isa hará la prueba. Si la supera, será un guerrero de nuestro pueblo.

Nadie replicó.

Se levantaron en silencio mientras el brujo gritaba algo. Un canto triste, solemne, comenzó a oírse en la cabaña; fue creciendo en intensidad hasta convertirse en un poderoso coro.

Era el canto de caza; el canto de la victoria del hombre sobre la jungla.

Isa seguía inmóvil en el centro de la cabaña.

Aún no se podía creer lo que estaba sucediendo.

Aquel era el día que tan ansiosamente había esperado, el día que temía que no llegaría nunca.

Le daban la oportunidad de demostrar su fuerza, su habilidad. Le daban, sobre todo, el reconocimiento de ser del poblado, de no seguir siendo un encontrado.

Cuando el canto terminó, el Gran Jefe le entregó el escudo y el assegai, un pequeño estoque que sería su única arma durante toda la gran prueba.

–Partirás esta noche, cuando la luna esté en la cima del árbol sagrado. ¡Buena caza!

El Gran Jefe salió. Con él, muchos guerreros.

Pero la ceremonia no había acabado.

El brujo pisó las raíces que los hombres le habían llevado; les echó coco por encima y un líquido resinoso y lo puso todo a hervir en una gran caldera.

De vez en cuando, a la vez que pronunciaba extrañas palabras, echaba dentro de la caldera polvo de incienso.

Más tarde, Isa tuvo que meterse dentro desnudo. Salió con todo el cuerpo pintado de blanco; de un blanco marfil.

Sabía que la tinta tardaría en borrarse y que ni el agua ni el sol la harían desaparecer.

Era la gran prueba.

Todos tenían que superarla. Esa era la ley.

Cuando un chico había llegado a ser lo suficientemente mayor para poder ser admitido entre los guerreros, lo agarraban, lo desnudaban, lo pintaban y lo soltaban en la selva. Cualquiera que lo viera podría cazarlo y matarlo.

Nadie podía ayudarle, pues sería condenado a muerte.

Tenía que vivir solo, hasta que el tiempo hubiera borrado la pintura blanca; si conseguía volver, lo nombraban guerrero.

Si no regresaba, el pueblo sabía que había perdido a un chico que nunca hubiera llegado a ser un buen cazador; y no lo lloraban.

Isa sonrió cuando el brujo le mandó arrodillarse delante de él para bendecirlo.

Nunca en su vida había sido tan feliz.

Fuera, todos los chavales lo miraban mudos de envidia.

–Morirás –susurró Mései–. ¡La selva te matará y los buitres se alimentarán con tu cuerpo inmundo!

Isa ni siquiera se dignó a mirarlo.

Fue a despedirse de la gente del pueblo a sus cabañas, como marcaba la ley.

Pero solo la vieja Amebais le estrechó la mano.

El padre de Mései lo miró fijamente con una extraña luz en los ojos.

–Has usurpado el puesto de mi hijo –le dijo después–. La gran prueba le tocaba a él. Esta es una ofensa que me humilla delante de todo el pueblo. Pero estate atento, orzowei. El blanco, en el verde de la selva, se ve enseguida. Y cualquier cazador tiene derecho a matarte.

Por toda respuesta, Isa sonrió.

Fue hasta el árbol sagrado, que se alzaba solitario un poco más allá del poblado, y esperó a que llegara la noche.

No pudo dormir.

Con los ojos entrecerrados observó el movimiento en círculo del sol; el breve crepúsculo; la noche.

Cuando la luna comenzó a cubrir de plata las oscuras copas de los árboles, un hombre se acercó a él.

–¡La hora se acerca, hijo!

–Lo veo, Amûnai.

Se miraron sin hablar. Después Isa dijo:

–Te agradezco que hayas venido.

–Sé –murmuró el anciano ring-kop– que no te he cuidado como a un hijo, pero he hecho algo para ayudarte.

–Me has salvado la vida.

–Sí, cuando eras pequeño. Pero después te he hecho vivir peor que a los perros del poblado.

–No te preocupes, Amûnai.

–He venido a despedirte. Y recuerda: el blanco resalta y tu tinta es nueva. Para muchos sería un placer clavarte la lanza. ¡Sé prudente! El sol es tu enemigo, no lo olvides. Muévete solo cuando las sombras lo escondan todo. Sé despierto como el corzo y audaz como el leopardo. ¡Que tu caza sea afortunada, hijo!

–Gracias, padre.

El viejo guerrero comenzó a toser. Intentaba esconder su emoción.

–Vuelve pronto al poblado. Te esperaré aquí, cuando nazca la nueva luna. Y... ¡no me hagas esperar en balde!

–No te haré esperar mucho, si puedo.

Se quedaron en silencio uno junto al otro hasta que les pareció que la punta del árbol sagrado, que ondeaba con el viento, tocaba la luna.

Entonces Isa se levantó. Recogió el escudo y el assegai, saludó con un gesto al ring-kop y se adentró en la selva.

En ese mismo momento se oyó el redoble de un tambor.

Primero con un ritmo lento; después con golpes cada vez más seguidos, ensordecedores.

Era la señal de la caza del hombre.

El inicio de una larga batalla tras las huellas de un chico pintado de blanco.

## 2

**A**vanzaba con un trote ligero, incansable, que había aprendido observando a las gacelas durante los largos días de verano, cuando llevaba a los búfalos a pastar y los abandonaba para adentrarse en la selva.

Ese trote no cansaba y le había salvado muchas veces de los asaltos de sus compañeros.

Aquellos juegos, aquellas fugas, lo habían adiestrado; sabía por experiencia que era conveniente poner mucha distancia entre él y sus perseguidores.

El eco del tam-tam se expandía a su alrededor.

Lo seguiría oyendo durante muchas millas, y también lo oirían todos los cazadores que le seguían la pista, así como los poblados del otro lado del río.

Toda la gran tribu de los swazi se enteraría, y los exploradores saldrían en su busca.

Se paró en una zona de vegetación espesa.

No muy lejos, el grito de caza del león había despertado a la selva.

Tenía que abandonar el sendero. No era prudente seguir por ese camino.

La lluvia del día anterior había ablandado el terreno y sobre el suelo brillaban sus huellas.

Empezó a correr en círculo para confundir el rastro; después se cobijó cerca de un matorral.

Era inútil andar así, sin rumbo.

Al otro lado del río, en el corazón de la selva, en un amplio claro, había restos de un gran poblado, tan antiguo como el sol, con cabañas de piedra.

Se lo había contado Amûnai. Y cuando le hablaba de la «ciudad muerta», hacía todos los conjuros posibles porque decía que ese sitio estaba habitado por espíritus del mal.

Si quería huir de los cazadores, debía llegar hasta ese lugar. Allí nadie lo buscaría. Conociendo el camino, se necesitaban tres, cuatro días.

Con la rapidez de una ardilla, trepó por un árbol. Desde allá arriba, a horcadas sobre la rama más alta, observó el cielo.

La gran estrella estaba a su derecha.

Debía tenerla siempre a su derecha, si quería llegar a la ciudad muerta.

Iba a bajar cuando un leve sonido lo inmovilizó; se iba a salir el corazón por la boca.

Un crujido; una rama partida.

Conteniendo la respiración, aguzó la vista. Entre el follaje del árbol podía divisar el sendero.

Se deslizó un poco hacia abajo y esperó. Ningún ruido ajeno a la vida de la selva.

El leopardo estaba cazando a una milla de distancia. Poco antes, su rugido desesperado –de animal hambriento que no encuentra comida– se había oído en toda la jungla y había helado la sangre de las venas del chico.

Un corzo había cruzado a la carrera el sendero; detrás, un mono le gritaba, rabioso. A lo lejos, un grupo de hienas se reían.

Era una risa burlona, cruel.

Después Isa oyó un ruido que no fue capaz de distinguir. Parecía que alguien se estuviese dando pequeños bofetones.

Esperó. Y entonces apareció Sem-husci con dos jóvenes guerreros del poblado.

–Ha pasado por aquí. Las huellas se ven perfectamente –decía Sem.

–Una vaca y tres ovejas para cada uno si conseguimos atraparlo. ¡Será cosa de niños!

Caminaban satisfechos, cuando Sem-husci hizo una señal.

Los otros dos se acercaron y se agacharon para inspeccionar el terreno.

Empezaron a discutir.

–Debe de andar cerca –dijo después Sem.

–Me apuesto lo que queráis a que está durmiendo por aquí.

–Ya, las huellas se confunden... Mirad –dijo uno de los más jóvenes.

Era el que hacía ese ruido tan extraño. La pequeña daga que llevaba colgada del cinturón le golpeaba el muslo a cada paso.

–Escuchad –dijo Sem-husci–, yo seguiré por el sendero. Tú –se dirigió al hombre de la daga– rebusca por esos matorrales y Soliman que rastree la zona de allá adelante. ¿Os parece?

–Bien –respondió Soliman–. ¡Vamos!

Solo habían dado unos pasos cuando Sem-husci gritó:

—¡Eh, Mur! ¡La daga te golpea el muslo y hace ruido! Mur se la quitó y ya no se oyó nada.

Cada uno tomó su camino y desaparecieron.

Isa esperó un poco, después descendió lentamente por el tronco.

La caza había empezado.

Si quería volver al poblado, tendría que abrir bien los ojos y los oídos.

En lugar de seguir hacia delante, retrocedió sobre sus pasos.

Cuando vio, a lo lejos, los fuegos de la tribu, subió a un árbol, se sentó a horcajadas en la unión entre dos ramas y se durmió.

Isa pasó dos primeras semanas tremendas. El pequeño estoque no servía para cazar a distancia. Tenía que arrastrarse hasta muy cerca del animal si quería acertar; pero los animales notaban su presencia y él huía asustado.

Así que tuvo que contentarse con roer raíces o con masticar matas de hierba. Pero incluso eso había que saber buscarlo.

Los primeros días comió una plantita que tenía un sabor bastante agradable; después le entraron unos dolores terribles y pensó que los espíritus del mal habían ido a castigarlo como venganza por todas las veces que los había menospreciado.

Fue así como aprendió a reconocer las plantas comestibles y las venenosas.

También tuvo que practicar con la fruta, y arañarse todo el cuerpo antes de aprender a saltar con agilidad de una rama a otra hasta llegar a la más fina, donde siempre se encontraban los frutos más sabrosos.

Varias volteretas desde lo alto, por suerte sin consecuencias graves, le enseñaron a distinguir una rama buena de una podrida; los monos fueron unos excelentes maestros a la hora de lanzarse de una rama a otra sin partirse la cabeza.

Pero lo más difícil fue hacer fuego.

No tenía pedernales y, recordando lo que había visto muchas veces en el poblado, intentó encenderlo frotando dos leños. Durante aquellos días se arrepintió de no haberse fijado bien en cómo lo hacían.

Los dos leños se calentaban, la frente se le llenaba de sudor, le dolían los brazos, pero el fuego no salía.

Entonces invocaba a todos los dioses; y también a los espíritus buenos y a los malignos. Después los imprecaba a todos juntos. Pero ni rastro del fuego.

–¡Oh, dios del rayo –gritaba–, encolerízate contra este indigno siervo y lánzale tus dardos de fuego!

Pero la oración era inútil.

Quizá porque el dios al que invocaba sabía que ese niño de rizos que tanto se esforzaba recibiría sus dardos como una bendición.

Un día lo consiguió, y entonces surgió un segundo problema.

Acababa de encender su primer fuego cuando no muy lejos se oyó el sonido de un cuerno.

Alguien, al ver el humo, se dirigía hacia él.

La modulación del sonido le había hecho comprender a Isa que un cazador pensaba que había encontrado compañeros.

Huyó. Así que ni siquiera pudo disfrutar del primer fruto de tantos esfuerzos.

A partir de entonces, buscó con atención leña que no soltara humo para no delatar su presencia.

Observó cómo el león les tendía emboscadas a los antílopes; cómo se arrastraba por el suelo, cómo saltaba de repente. E intentó hacer lo mismo.

Repetía todos los movimientos del felino; sus brinco, su andar silencioso, sus largos saltos.

Fueron días duros, de entrenamiento continuo.

Por fin mató a su primer corzo.

Nunca pensó que desollar un animal fuese tan difícil y cansado.

Los días siguientes le enseñaron a hacerlo más rápido y sin cansarse tanto.

Durante ese tiempo, después de recorrer un largo camino en la selva, Isa había llegado al río que la atravesaba.

En la otra orilla, a unos dos o tres días de marcha, estaba la ciudad muerta. Allí construiría su cabaña.

Se tiró al agua.

Con lentas brazadas llegó al centro del río y lo remontó unos cien pasos.

El río corría plácido, solemne, en su amplio cauce.

Aquí y allá, a lo largo de las orillas cubiertas por una tupida vegetación, algunos árboles se curvaban sobre el agua y la mecían con sus frondosas ramas.

Después el chico se dejó llevar por la corriente hasta que vio que, en el centro del río, sobresalía una roca blanca. El agua burbujeaba alrededor, formando espuma.

Trepó a la roca y, antes de tumbarse en la superficie pulida, se examinó el cuerpo. La tinta blanquecina no se atenuaba.

Se tumbó al sol. Bajo el agradable calorcillo (aún no había llegado la época del gran calor), cerró los ojos y pensó en el poblado, en Mései, en el viejo ring-kop, en el Gran Jefe.

Volvió a visualizar el árbol sagrado, los campos de cultivo, las manadas de búfalos pastando; y entonces tuvo un ligero sentimiento de melancolía, de nostalgia.

Aunque fuera cierto que ese no era su poblado, como decían todos; aunque fuera cierto que aquel no era su pueblo, como todos perjuraban; allí él había vivido y sufrido; con ellos había disfrutado y llorado y amado. Y entonces, ¿por qué aquel no era su pueblo?

¿No era como ellos? ¿No hacía lo mismo que hacían ellos? ¿No vivía como ellos vivían?

«Es tu piel, tu cara», decían.

¿Qué culpa tenía él de ser un poquito más claro?

¡Cuántas veces se había expuesto completamente desnudo, durante un montón de tiempo, bajo el sol del gran calor para que la piel se le volviera más oscura, como la de sus compañeros!

Pero estaba como hechizado.

Su piel no quería ponerse brillante, de ese bonito color ébano del que tan orgullosa se sentía la gente del poblado.

Pero ¿qué pensamientos eran esos?

Bostezó a la vez que estiraba todo el cuerpo.

Él era un swazi. Estaba haciendo la gran prueba. Esa era una muestra de reconocimiento de su pertenencia a la tribu. Podía ser feliz.

Se levantó.

Se quedó de pie, tan quieto que formaba un todo con la roca. Su esbelta figura destacaba claramente sobre el verde oscuro de la selva.

Después, con lentas brazadas, llegó a la otra orilla.

Se despertó con la puesta de sol.

El baño y el descanso le habían aguzado el apetito. Se dirigió hacia el río y, escrutando la orilla, buscó el lugar donde abrevaban los animales.

Lo encontró a media milla de distancia.

La selva se abría en un amplio claro y, tras la hierba alta, vio el sendero de la sed.

No tardarían en llegar los antílopes veloces, los búfalos salvajes y las tímidas gacelas para saciar su sed. El suelo mostraba las huellas de sus visitas precedentes.

Justo al lado de la orilla se alzaba un gigantesco baobab. Isa se escondió entre sus ramas más bajas con el assegai preparado.

Ya había salido la luna, que parecía jugar con las copas de los árboles. De repente se escondía, luego mostraba su cara sonriente.

El débil sonido de una pisada capturó la atención del chico. Debajo de él, un ñu gordo, con la cabeza maciza y musculosa, casi tan alto como un asno, avanzaba con cautela.

Levantaba con lentitud y con gracia sus esbeltas patas, parecidas a las de un ciervo, mientras proyectaba hacia delante el morro carnosos de buey, con los ollares húmedos y dilatados, en busca del olor más sutil.

Unos diez pasos más atrás, en fila india, pisando sus huellas, lo seguía el resto de la manada.

El ñu llegó al río; metió las patas anteriores en el agua, miró atentamente cada uno de los matorrales y después bebió a grandes sorbos.

Los compañeros esperaban en silencio. Isa no se movió.

Si tuviera un arco y unas flechas, la comida de ese día estaría asegurada; pero ¡con ese pequeño trozo de hierro!...

Esperó. Entre la manada, de unos sesenta ejemplares, había visto cachorros.

Los vio corretear por aquí y por allá hasta que sus madres, con ligeros movimientos de la cabeza, los llamaron al orden. Probaría con alguno de ellos. Los enormes cuernos de los adultos le infundían cierto respeto.

El jefe de la manada enderezó la cabeza y volvió hacia atrás. Entonces, en grupos de cinco o de seis cada vez, los ñus se acercaron al río. Los otros pastaban en silencio entre la hierba.

Únicamente el jefe, que estaba subido en una pequeña elevación del terreno, escrutaba con atención alrededor.

Una vez que los pequeños saciaron su sed, empezaron a jugar entre ellos; chocando unos con otros, entraban y salían del agua salpicando por todas partes.

Cuando el jefe se movió, todos se pusieron en fila detrás de él.

Había llegado el momento de actuar. Isa se deslizó por el tronco del árbol y se acercó con cautela al primer cachorro que estaba más cerca, retozando. Cuando lo tenía a menos de un paso de distancia, se lanzó hacia él con un grito. La manada huyó alarmada. El pequeño, muerto de miedo, se dejó golpear fácilmente. Se desplomó en el suelo a la vez que soltaba un largo y quejoso balido.

Pero la madre, que estaba ya lejos, no lo oyó.

Isa arrastró a la joven presa lejos del sendero de la sed; cortó un gran trozo y lo asó. Durante varios días, se quedó por allí.

Había comida en abundancia, la caza no era peligrosa y el río estaba allí para él, con el murmullo de sus aguas frescas que le ofrecían descanso.

Tenía cuidado de no andar nunca durante el día por los alrededores del sendero de la sed para no dejar huellas ni asustar a los animales salvajes que se reunían en el río.

Esa noche también se tumbó sobre una rama baja, a la espera.

Poco antes había oído, no muy lejos, el rugido ronco de la gran pantera y el sonido de sus zarpas raspando un tronco. El leopardo se preparaba para la caza. Aquella era la manera que tenía de afilarse las garras.

Isa tenía dudas; la cercanía del gran luchador era un peligro. Quizá esa noche convenía olvidar la caza.